

Luis González-Carvajal Santabárbara

El hombre roto por los demonios de la economía

*El capitalismo neoliberal
ante la moral cristiana*



El título de este libro usa la imagen de que Belzebú, el príncipe de los demonios, es el afán desmedido de lucro (cf. 1Tim 6, 10). La economía social de mercado lo ató corto, pero sin inmovilizarlo completamente. Y, desgraciadamente, el neoliberalismo ha soltado sus ataduras, y ahora recorre el mundo entero acompañado de su séquito de demonios: los contratos basura, la corrupción, la especulación, etc., provocando inenarrables sufrimientos a los más débiles. Los demonios de la economía andan sueltos.

La presente obra estudia todo eso desde la perspectiva de la ética cristiana, «a la luz del Evangelio y de la experiencia humana» (*Gaudium et spes* 4) y con una tendencia a ver el mundo desde la perspectiva de los más necesitados, analizando las consecuencias humanas de las políticas neoliberales. Tras precisar las competencias respectivas de la Economía y de la Ética (cap. 1) y desarrollar tres conceptos clave como la justicia, el bien común y las estructuras de pecado (cap. 2), se muestran las tres modalidades del capitalismo que hemos conocido (cap. 3), y la valoración ética de las distintas alternativas que están en juego (caps. 4-6). Y todo ello en el marco de la globalización de la economía (cap. 7) y, por supuesto, con una reflexión sobre distintas posibilidades de futuro (cap. 8) para crear una economía al servicio del hombre.

El autor, Luis González-Carvajal Santabárbara, es unánimemente reconocido como una de las grandes autoridades internacionales en el campo de la teología cristiana sobre la pobreza y la exclusión. Ha sido Secretario General de Cáritas Española y Profesor y Director del Instituto Superior de Pastoral (de la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid). Actualmente es Profesor Propio Ordinario (equivalente a catedrático) de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid) y Director de la colección Teo-

El hombre roto por los demonios de la
economía

Luis González-Carvajal
Santabárbara

logía Comillas. Sus obras han sido traducidas a seis idiomas.

Introducción

*«La economía tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento; no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona»
(Benedicto XVI)^[1].*

Recordarán los lectores la historia del alcalde que pide al gobernador una prostituta porque la maestra del pueblo lleva varios meses enferma. «¡Animal! —le corrige el secretario del Ayuntamiento—; se dice “sustituta”, no “prostituta”». «Sabía de sobra que se dice “sustituta” —le explica el alcalde una vez que se ha marchado el gobernador—; pero ya verás que así no se olvida».

La historia viene a cuento porque inicialmente pensé titular este libro «Moral económica», pero habría pasado más desapercibido en los expositores de las librerías. Debo aclarar, sin embargo, que, a diferencia del lapsus intencionado del alcalde, «El hombre roto por los demonios de la economía» es un título correcto porque —haciendo uso del lenguaje figurado, que es perfectamente legítimo— responde con exactitud al contenido del libro.

Belzebú, el príncipe de los demonios, es el afán desmedido de lucro. No lo digo yo, sino la Sagrada Escritura: «El amor al dinero es la raíz de todos los males» (1Tim 6,10). Veremos que la economía social de mercado lo ató corto, pero sin inmovilizarlo completamente porque nadie puede negar que la búsqueda del lucro ha estimulado notablemente el progreso material. El mismo Marx la alabó bajo el nombre de «misión civilizadora del capital». Recuérdese có-

mo comienza *El manifiesto del Partido Comunista*: «Sólo la burguesía ha demostrado lo que puede producir la actividad de los hombres. Ha llevado a cabo obras maravillosas totalmente diferentes a las pirámides egipcias, los acueductos romanos y las catedrales góticas»^[2]. No debe extrañarnos: Muchas sustancias que solemos considerar tóxicas, tienen efectos terapéuticos en dosis mínimas. Paracelso, el padre de la toxicología, acertó a decirlo con formulación feliz: «Todo es veneno y nada es veneno; tan sólo la dosis hace el veneno»^[3].

Desgraciadamente, el neoliberalismo ha soltado las ataduras de Belzebú y ahora recorre el mundo entero acompañado de su séquito de demonios: los contratos basura, la corrupción, la especulación, etc., provocando inenarrables sufrimientos a los más débiles. Los demonios de la economía andan sueltos.

Estudiaremos todo esto, pero debo aclarar que nuestra perspectiva no es la propia de la ciencia económica, sino la de la Ética. Algunos autores distinguen entre «Ética» y «Moral», aunque no siempre de la misma forma. Tiempo atrás era habitual considerar que la Ética tiene una fundamentación *filosófica* y la Moral una fundamentación *teológica*; hoy es más frecuente llamar «Moral» al código de conducta de una determinada colectividad y «Ética» a la reflexión crítica sobre los diversos códigos de conducta. En este libro consideraremos ambos sustantivos como sinónimos, lo cual nos obliga a usar adjetivos para establecer posteriores diversificaciones. Pues bien, éste es un libro de Moral (o de Ética) económica cristiana. El adjetivo «económica» delimita el campo que vamos a estudiar y el adjetivo «cristiana» explicita la perspectiva desde la que vamos a contemplarlo.

La perspectiva cristiana supone —con palabras del concilio Vaticano II— que reflexionaremos sobre la economía actual «a la luz del Evangelio y de la experiencia humana»^[4]. De una manera espontánea, los cristianos de todas

las épocas han vuelto su mirada hacia las palabras y el actuar de Jesús de Nazaret en busca de criterios normativos para su vida en sociedad; pero también han analizado siempre con cuidado la situación que vivían porque necesitaban afrontar problemas nuevos para los cuales la Biblia no les ofrecía respuestas explícitas.

No debemos entender el «Evangelio» y la «experiencia humana» como dos realidades paralelas, sino como dos realidades unidas mediante un «círculo hermenéutico»^[5] para conseguir orientaciones de la Escritura que van más allá de lo que literalmente podemos leer en ella. De hecho, la tradición y el magisterio actual de la Iglesia no son otra cosa que relecturas de la Escritura hechas a partir de las situaciones hermenéuticas siempre nuevas que han ido viviendo los cristianos a lo largo de una historia ya dos veces milenaria.

La perspectiva cristiana de este libro implica también la tendencia a ver el mundo «desde abajo», desde donde lo ven los pobres. Somos conscientes de que esa perspectiva —como cualquier otra— no carece de condicionamientos, pero ya que no podemos ser imparciales haremos nuestro el punto de vista connatural a los seguidores de Jesús.

La estructura del libro es sencilla y lógica a la vez:

Comenzaremos precisando bien las competencias respectivas de la Economía y de la Ética (capítulo 1º) para no invadir en estas páginas un territorio que no nos corresponde. En el segundo capítulo analizaremos tres conceptos clave de la Moral Económica que nos serán de utilidad en todo el libro: la justicia, el bien común y las estructuras de pecado. En el siguiente capítulo expondremos con brevedad —pero confío que también con objetividad— las tres modalidades del capitalismo que hemos conocido: el capitalismo liberal, la economía social de mercado y el neoliberalismo. Seguirán otros tres capítulos dedicados a valorar éticamente las distintas alternativas que están en juego. El penúltimo capítulo está dedicado a un tema ineludible en los

momentos actuales, la globalización de la economía; lo que hoy por hoy equivale a decir que el capitalismo neoliberal se ha vuelto global. Concluiremos con un octavo capítulo orientado hacia el futuro.

Sé, naturalmente, que el futuro no se descubre; se construye, porque el futuro no existe de antemano, a la manera que existía América antes de que Cristóbal Colón la descubriera. Muchos futuros son posibles y depende de nosotros cuál de ellos se hará realidad. Este libro querría ayudar humildemente a hacer una elección acertada, aunque mucho me temo que no llegará a ser el libro de cabecera del Presidente de los Estados Unidos, como por lo visto ocurrió con el libro *Riqueza y pobreza*, del neoliberal George Gilder^[6], que estuvo en la mesilla de noche de Ronald Reagan.

Mi idea inicial fue escribir un tratado completo de Moral Económica, añadiendo un último bloque de capítulos sobre cuestiones particulares (inflación, especulación, ética de la empresa, etc.), que incluso llegué a redactar casi completamente, pero las dimensiones del libro excedían con creces la extensión deseada por los dos coeditores de la colección «Teología Comillas» y, como soy el director de la misma, estoy obligado a dar ejemplo. Sin embargo, los ocho capítulos que entrego a la benevolencia de los lectores constituyen una unidad completa y probablemente quienes estén menos familiarizados con la Moral Económica agradecerán que les ahorre esos otros temas más especializados.

Economía y moral

1. Brevísima crónica de un divorcio

Al principio, las relaciones entre la Economía^[7] y la Moral fueron muy íntimas porque la ciencia económica nació de las reflexiones de los moralistas. El primer libro conocido que trata exclusivamente de cuestiones económicas es *De origine, natura, iure et mutationibus monetarum*^[8] publicado hacia 1360 por el teólogo Nicolás de Oresme, que más tarde fue obispo de Lisieux (Francia). Y esas buenas relaciones se mantuvieron durante cinco siglos: Los «mercantilistas», que escribieron sobre cuestiones económicas entre los siglos XVI y XVIII, fueron casi siempre moralistas o juristas.

En general, la geografía de las grandes obras de Moral económica coincidió con la geografía de las grandes corrientes comerciales, porque es lógico que fueran los moralistas establecidos en lugares de gran dinamismo económico quienes más se interesaran por este tipo de problemas. Mencionemos como ejemplo a san Antonino de Florencia, O.P. (1389-1459) que —siendo esa ciudad en tiempo de los Médicis un centro financiero de primera importancia— analizó con un juicio sereno las diversas realidades económicas: trabajo, comercio, precios y salarios, usura, tributos, etc. Otro ejemplo podría ser Konrad Summerhardt (1467-

1502), en el sur de Alemania, aunque para nosotros resultan más cercanos los teólogos de la Escuela de Salamanca. Durante nuestro Siglo de Oro, el auge económico de España se correspondió, una vez más, con una generación de moralistas que alcanzaron un profundo conocimiento de esos temas: Tomás de Mercado, O.P. (1530-1575), Domingo de Soto, O.P. (1494-1560), Martín de Azpilcueta (1492-1586), Luis de Molina, S.J. (1536-1600), Juan de Mariana, S.J. (1537-1624), Francisco Suárez, S.J. (1548-1617)... Nada menos que Schumpeter afirmó en su influyente *Historia del análisis económico* que «el muy alto nivel de la Economía española del siglo XVI se debe exclusivamente a las aportaciones escolásticas»^[9]. Existen incluso estudios sobre cómo llegó hasta Adam Smith la influencia de estos grandes teólogos españoles del siglo XVI a través de Groccio y Pufendorf.

Desgraciadamente, a partir del siglo XVIII se rompió esa armonía con la aparición de los fisiócratas, una escuela de economistas cuyo nombre —derivado del griego *phýsis* (naturaleza) y *krátos* (autoridad): «gobierno de lo natural»— dice todo: Si las leyes económicas son tan naturales y tan rígidas como las relativas a los fenómenos físicos, químicos y biológicos, es obvio que no dejan espacio para la Moral. Igual que no tiene sentido preguntarse si es moral o inmoral que los cuerpos caigan en el vacío con un movimiento uniformemente acelerado, tampoco tendría sentido preguntarse si son morales o inmorales las leyes del mercado: Son así, y basta. El lema de los fisiócratas —creado, según Turgot, por Gournay— imponía silencio sobre las cuestiones económicas: *Laissez faire, laissez passer, le monde va de lui-même*; es decir, «dejad hacer (que cada cual produzca lo que quiera), dejad pasar (libertad aduanera), que el mundo marcha por sí mismo».

Los moralistas, viendo que ya nadie prestaba atención a sus reflexiones sobre temas económicos, se fueron orientando cada vez más hacia la Moral de la Persona (moral se-

xual, moral matrimonial, etc.), donde todavía sus juicios eran tenidos en cuenta. La Moral económica se redujo a tres o cuatro temas (dominio, restitución, contratos...), desarrollados al explicar el séptimo mandamiento del Decálogo y casi siempre con un enfoque marcadamente individualista orientado hacia el sacramento de la Penitencia^[10]. De este modo, los moralistas de los siglos XVIII y XIX, encerrados en sus conventos o en los seminarios, acabaron teniendo un conocimiento exclusivamente libresco de las realidades económicas y siguieron resolviendo *ad nauseam* los mismos casos que sus predecesores, ya del todo superados.

2. El difícil camino hacia la reconciliación

La creencia —todavía hoy bastante generalizada— de que los asuntos económicos están sometidos a irresistibles leyes naturales comparables a las leyes de la física es sencillamente falsa. En el mundo económico, como en cualquier otro espacio humano, existen alternativas. El ser humano dejaría de ser tal si no las hubiera. La alternativa, por ejemplo, al cobro de la deuda de los países pobres es no cobrarla, existiendo muchas alternativas intermedias. Por eso en las últimas décadas hemos comenzado a construir puentes otra vez entre la Economía y la Moral, si bien son todavía muchos los malentendidos por ambas partes.

Los economistas acusan frecuentemente a los moralistas de hablar de cosas que no entienden. Por ejemplo, Paternot y Veraldi, dos economistas especializados en prensa económica, en un durísimo libro contra el magisterio económico de Juan Pablo II, escriben: «Para que su encíclica *Sollicitudo rei socialis* (= «preocupación por la cuestión social») sirva al bien común debe fundarse en una *sapientia rei economicae* (= «conocimiento de la Economía») que en la actualidad le falta»^[11].

Los moralistas, por su parte, suelen hacer dos reproches a los economistas:

El primero de ellos es no haberse librado todavía plenamente del prejuicio relativo a la inexorabilidad de las leyes económicas. Por ejemplo, en la introducción a las ponencias del I Encuentro de Buitrago, organizado en 1985 por el

Gabinete de la Presidencia del Gobierno, se dijo que «las industrias tradicionales o menos novedosas, al perder complejidad, influenciadas por las nuevas tecnologías, se desplazan hacia los países de menor coste de mano de obra». Imanol Zubero comenta con fina ironía: Según parece, «son las empresas las que, dotadas de pronto de una sorprendente capacidad locomotora, se desplazan hacia países donde el trabajo sea más barato. No aparecen por ningún lado cálculos o decisiones»^[12].

El segundo reproche es que los economistas se inmiscuyen de modo habitual en la Moral enmascarando sus juicios de carácter normativo con análisis pretendidamente científicos. Veamos algunos ejemplos en la obra de Milton Friedman (1912-2006), que desde mediados de los años setenta hasta hoy es «con mucho, el más influyente economista del período»^[13]:

En un famosísimo artículo titulado «La responsabilidad social de la Empresa consiste en incrementar los beneficios»^[14] —observe el lector que el mismo título es más ético que económico—, sostiene que si el gerente de una Empresa, con el propósito de proteger el medio ambiente, implementa medidas de carácter ecológico que vayan más allá de lo exigido por las leyes del lugar, o bien está disminuyendo los beneficios de los accionistas, y por lo tanto disponiendo de un dinero que no es suyo, o bien está obligando a los consumidores a pagar más caros los productos de esa empresa, con lo que les está despojando de un dinero que tampoco es suyo; de modo que, tanto en un caso como en otro, su conducta es inmoral. Se puede estar de acuerdo o no con esa argumentación, pero salta a la vista que no es de carácter económico, sino ético.

Vayamos ahora a uno de sus primeros libros, titulado *Capitalismo y libertad*. Allí sostiene, entre otras muchas cosas semejantes, que son injustificables las políticas redistributivas de la renta: «Pensemos —nos dice— en un grupo

de individuos que tienen los mismos recursos iniciales y que se ponen de acuerdo voluntariamente para participar en una lotería con premios muy desiguales. (...) El redistribuir la renta después de este episodio equivaldría a negarles la oportunidad de participar en la lotería. (...) Es difícil justificar los impuestos sociales, porque los impuestos sociales se imponen después de que ya se sabe quién ha sacado los premios y quién se ha quedado sin nada en la lotería de la vida, y los que votan en favor de los impuestos son los que creen que han perdido en la lotería»^[15]. De nuevo, se podrá compartir su punto de vista o discrepar de él; pero ciertamente nuestro economista se ha transmutado otra vez en (mal) moralista.

Como la ignorancia es osada, Friedman se atreve a irrumpir, incluso, en el área de la Moral Fundamental, cuestionando el principio de que el fin no justifica los medios: «Si se toma literalmente, esta objeción no es lógica. Si el fin no justifica los medios, ¿quién los va a justificar?»^[16]. Seguramente no leyó nunca un apasionado texto de Bakunin en el que decía: «No hay ningún acto de horror o de crueldad, ningún sacrilegio, ningún perjurio, ninguna impostura, ninguna transacción infamante, ningún robo que sea fruto del cinismo, ningún expolio descarado ni ninguna traición ruin que no hayan sido o sean perpetrados diariamente»^[17] por quienes consideran que el fin justifica los medios.

3. Competencias de la ciencia económica y de la Ética

Si queremos evitar los malentendidos anteriores, debemos precisar bien las competencias respectivas de ambas disciplinas.

La Ética o la Moral es una ciencia *normativa* (no descriptiva) que versa sobre lo *bueno*. Su objetivo es determinar cómo debe ser el comportamiento humano («Moral de la Persona») y la organización de la sociedad («Moral Social») para realizar el bien objetivo.

En cuanto a la Economía, una de las primeras definiciones propuestas fue del economista británico Lionel Robbins en el libro *Ensayo sobre la significación de la ciencia económica* (1932): «La Economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación»^[18]. Por su parte, el famoso libro de texto publicado por Samuelson en 1948, define así la Economía: «La Economía es el estudio de la manera en que las sociedades utilizan los recursos escasos para producir mercancías valiosas y distribuirlas entre los diferentes individuos»^[19].

Como vemos, ambas definiciones acentúan algo fundamental: El hecho de que disponemos de recursos escasos. Por eso Thomas Carlyle, en un panfleto racista publicado en 1849, llegó a decir que la Economía no es «una “ciencia alegre”, sino deprimente, desconsolada y bastante abyecta; a la que podríamos llamar por vía de eminencia *la ciencia lúgubre*»^[20]. Hemos visto también que esos recursos li-

mitados son susceptibles de usos alternativos y, por lo tanto, necesitamos decidir cómo los emplearemos. Eso es precisamente lo que justifica la intervención de la ética; intervención que será cada día más legítima porque cuanto más desarrollamos las posibilidades de intervención, más alternativas surgen y, por lo tanto, hay más lugar para la reflexión ética. Robinson Crusoe, recién llegado a su isla desierta, tenía menos posibilidades de elegir qué haría con los escasos recursos existentes que cuando empezó a disponer de instrumentos (bienes capital).

Así, pues, la ciencia económica y la ética están llamadas a un trabajo interdisciplinar, pero manteniendo cada una su identidad. Parodiando una conocida fórmula cristológica, diremos que *la ciencia económica y la Ética son inseparables, pero no deben confundirse*. En ese trabajo interdisciplinar cada una de ellas debe acostumbrarse a tomar la palabra únicamente en el momento que le corresponda:

3.1. La Ética debe establecer los fines de la actividad económica

Dado el contexto de escasez en que se desarrolla la actividad económica, en primer lugar es necesario *establecer los fines*, y eso es competencia de la Ética (aunque, según veremos más adelante, la ciencia económica tiene algo que decir sobre el particular y debe ser escuchada). Lionel Robbins es rotundo: «Acerca de los fines (...), ni la Economía ni ciencia alguna pueden ofrecer solución»^[21]. «Al economista no le interesan los fines mismos, sino la forma en que el logro de ellos es limitado. Los fines pueden ser nobles o bajos, "materiales" o "inmateriales", si pudiera hablarse de ellos en esa forma»^[22]. «No consideramos como parte de nuestro problema explicar por qué existen esas valoraciones. Las tomamos como datos. Por lo que a nosotros se refiere, nuestros sujetos económicos pueden ser egoístas puros, altruistas puros, ascetas puros, sensuales puros o, lo